

viento, la mar estaba gruesa y las aves volaban bajas.

Se conocen otras dos clases de puestos ambulantes: el primero cuesta diez reales vellón, y consiste en un barquichuelo que puede llevar dos escopetas; y el segundo, un barquichuelo con una escopeta sólo, y cuesta seis reales.

Estas ligeras embarcaciones, que cruzan el lago sin rumbo cierto, no molestan nunca á los socios, guardando las distancias de reglamento, que en el dialecto valenciano se llama *esperar al trasi*.

XIV

Es preciso estar colocado en el puesto media hora antes de amanecer. El barquero es el encargado de todo: él calcula la distancia, indica la hora de partida, embarca el puesto, los cimbeles, un haz de carrizo para retapar el puesto, la caja de municiones, y cuida del pequeño almuerzo de los cazadores; en una palabra, dispone todo lo necesario para la expedición. A la hora que cree oportuna, avisa á su amo y al amigo que regularmente le acompaña, y los tres se dirigen al embarcadero para saltar á la lancha, que á fuerza de remos, ó á favor de la vela, les conduce al sitio apetecido.

Esta expedición matinal está llena de encantos y de poesía para el cazador, pues más de una vez su corazón late con inefable gozo al oír entre los carrizales el estridente canto del pato, el silbido del rápido vuelo de la zarceta, y todos esos armoniosos tonos que preludian la mañana, y que parecen brotar del fondo de aquel lago, cruzado por todas partes de barquichuelos que conducen á los cazadores.

El barquero conoce palmo á palmo aquella extensión de agua de dos leguas de ancho; y aunque la noche sea oscura, conduce su lancha con gran seguridad al punto que desea.

Cuando se llega, mientras sus amos fuman abrigados bajo sus capotes y sus gorras de pelo, el barquero clava fuertemente tres estacas en el cieno del lago, coloca entre éstas el puesto de madera, sujeto con unos pasadores de hierro; lo retapa bien por todas partes con carrizo, tira con especial acierto los cimbeles en derredor del puesto por el frente del cazador, que siempre se coloca de espaldas al aire; se despide de sus amos, y se va con la barca á una distancia oportuna, es decir, á un punto desde donde pueda notar la seña del cazador cuando le llame, y salir á rematar con su esco-

peta ó con la *fitora* un pato aliquebrado, que cae en el agua y buza, buscando en la fuga la libertad.

XV

El cazador se sienta en el banquillo del puesto, y espera el primer rayo de claridad del alba.

Este momento es el más interesante: entonces comienza el verdadero placer del cazador.

Generalmente, para estas expediciones se llevan dos ó tres escopetas, porque hay instantes en que se podrían disparar doce tiros uno tras otro.

El cazador se vuelve todo ojos, como suele decirse; mira á través del carrizo en todas direcciones; la noche le impide distinguir bien los objetos, y á veces le engaña hasta tal punto su deseo, que cree patos verdaderos los cimbeles que él mismo ha colocado en derredor suyo para atraer á los de carne y pluma.

XVI

Todo el afán y todo el interés del cazador sería infructuoso si el barquero no tomara una gran parte en esta cacería, avisando por donde viene la caza; porque el cazador se halla literalmente rodeado de cañas y carrizo, y muchas veces los patos se pararían á corta distancia de su puesto sin que él los viera.

El barquero, pues, con el ojo avizor, el oído atento y echado sobre la proa de la barca, con la barba apoyada en ambas manos, inspecciona el lago en todas direcciones, y de vez en cuando articula una de estas exclamaciones, de modo que lo pueda oír su amo:

—*¡Als bots per la banda del Palmar!*

—*¡Als bots per la banda del Saler!*

—*¡Als bots per la banda de terra!*

—*¡Als bots per la banda de la mar!*

De esta manera le avisa por los cuatro puntos cardinales, ó sean los cuatro vientos, por donde pueden entrar los pájaros; y entonces el cazador se levanta, colocándose de frente al sitio que ha indicado la voz del barquero, se prepara y hace fuego.

Si la pieza cae rematada, vuelve á sentarse y espera el nuevo aviso del centinela; pero si cae aliquebrada, y nada y trata de escapar, alejándose del puesto, hace seña al barquero con un pañuelo. Esta seña le indica que una pieza huye; y el barquero, con una rapidez

increíble, arranca la estaca que sujeta su barca, y veloz como una flecha parte en seguimiento de la inocente prófuga, rematándola con un golpe de *fitora*, especie de tridente que maneja el barquero de la Albufera con suma destreza, ó con la escopeta, que nunca abandona.

XVII

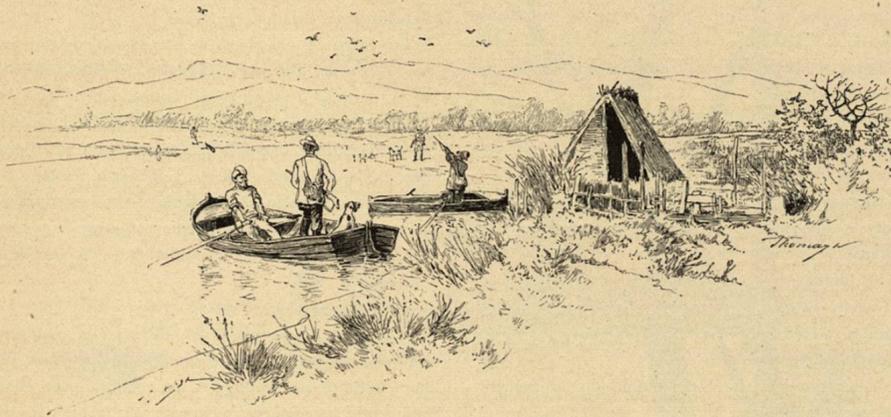
Sabido es que todas las cacerías hay que entenderlas: cada una reclama su método. En la Albufera de

Valencia, un buen tirador poco práctico en el terreno vería con facilidad defraudadas sus esperanzas, aunque se colocara en medio de un millón de ánades.

El que conoce el terreno y sabe la querencia rutinaria de la caza es el que suele cazar más.

Suced con frecuencia que dos buenos tiradores llegan á un monte, *le dan manos arriba y abajo*, se cansan, se desesperan y vuelven á la casa del guarda *sin cortar pelo*.

El guarda tira infinitamente peor que ellos; pero les oye, se sonríe, sale con su escopeta, y al poco rato vuelve con tres ó cuatro conejos.



Solaz en las lagunas

¿Qué ha hecho para conseguir aquel resultado en tan poco tiempo?

Ponerse unas alpargatas, ir al *rececho*, asomándose á las barrancadas donde sabe que están las madrigueras, y asesinar impunemente á los pobres herbívoros que á pesar de su miedo se han atrevido á salir á tomar el sol á una vara de la boca.

—*¡Esto no es cazar!*—dicen los cazadores.

Y, sin embargo, se deciden á aceptar el procedimiento, aunque no sea más que por no salir *bolos* de un monte en el cual entraron llenos de ilusiones.

XVIII

Los patos comen de noche. Apenas comienza á oscurecer, se ponen en movimiento y abandonan el lago, extendiéndose por los inmensos arrozales, abundante

mesa que les prepara la naturaleza y la febril actividad de los cultivadores, festín perpetuo que tantas víctimas cuesta á la familia de las palmípedas.

Cuando están hartas, cuando han satisfecho la primera necesidad de todo ser que vive, vuelven á la Albufera á pasar el día disfrutando de la dulce quietud que tanto les gusta y les seduce. Allí hacen la digestión, zambulléndose de vez en cuando bajo las transparentes aguas y devorando sin gran ansia pequeños insectos, que son para las acuáticas lo que las aceitunas y pepinillos en vinagre para los hombres: un entremés.

Cuando el cazador se coloca en su puesto, los ánades se hallan saboreando en los arrozales las postrimerias de su banquete. Espera que amanezca, que es la hora en que la caza debe regresar á la Albufera; y, efectivamente, los patos vuelven á la querencia donde han pasado el día anterior sin que nadie les molestara.

Pero no lo hacen todos de una vez, sino en bandas

más ó menos numerosos: ahora cuatro, luego seis, ó uno por uno; y así sucesivamente hasta la aproximación del mediodía, hora en que ya comienzan á escasear, pues, aterrados del horrible fuego que se les hace por todas partes, se refugian en el mar huyendo del salvajismo de los hombres, y el cazador llama al barquero para que recoja las víctimas y los cimbeles y le conduzca á tierra.

XIX

Los ánades, al volver á la querencia del sitio donde pasaron el día anterior, ven los cimbeles perfectamente imitados, y abaten su vuelo, describiendo círculos en derredor del puesto.

Entonces el cazador les tira á buena distancia, hiréndolos bajo el ala y gozando al verlos caer sin vida, sobre las tranquilas aguas.

Algunos les tiran al ir á pararse, ó cuando están ya sobre la superficie del lago; pero esto divierte menos. Además, la abundancia de pluma y el agua les libra de los plomos, y con facilidad salen ilesos.

Quando los cazadores regresan á tierra, les esperan algunos recoveros, los cuales compran la caza á los que quieren enajenarla.

Cada pieza tiene un precio establecido de antemano, y no se habla mucho.

La mayor parte de los cazadores eligen una docena para regalar y venden las demás.

Nadie critica este rasgo económico, que por otra parte es muy útil para ayudar á los gastos de las cacerías.

XX

La Albufera se divide en cuatro departamentos ó cuarteles, que se llaman: *El Amichanat*, *El Brosar*, *Les Barres* y *La Antina*. En el tercero, denominado *Les Barres*, se halla situado el mejor cazadero del lago. El punto de que vamos á ocuparnos es el Eldorado de los cazadores, el sueño de color de rosa, la feliz ilusión, el bello ideal de los aficionados á la escopeta. Este sitio, de memorable y famosa preferencia, se llama *El Fanch de fora*.

Está situado á la parte de saliente del citado cuartel, formando una herradura de carrizales. En las aguas

que forma el centro de esta herradura se disfruta de un silencio adormecedor, de una quietud *patriarcal*: por allí no pasan ni una sola de las quinientas ó más embarcaciones que cruzan la Albufera diariamente; y las aves, que adoran la soledad y el silencio y huyen de todos los ruidos inoportunos que produce el hombre, tienen una gran querencia al *Fanch de fora*, donde nadie les molesta.

En este sitio es donde se han hecho siempre las mejores tiradas. Algunas de ellas, por el gran número de patos que se han muerto, parecen inverosímiles; y si las consignáramos, los que no conocen las cacerías de la Albufera en sus buenos tiempos, dirían:—Esas son exageraciones de cazador.

Los carrizales del *Fanch de fora* tienen cuatro puestos: *El Puestot*, que está en el centro; *El Sitiet*, colocado en la parte de levante, y que es una dependencia del primero; otro á poniente y en donde forma el esconce de la herradura, llamado *El Rinconet* (sitio predilecto para matar las ánades reales); y el cuarto, llamado *La Alchumera*, colocado en la punta de la herradura de levante. Este último puesto tiene otro muy cerca á sol saliente, que se conoce con el nombre de *El Sitiet de la Alchumera*.

Estos puestos tienen tan famosa historia entre los cazadores de la Albufera, por las grandes matanzas que en ellos se han hecho, que los arrendatarios del lago siempre que pueden se los reservan para ellos, como sitio vedado y de preferencia. Así lo hizo D. Vicente Beltrán de Lis durante muchos años, y así lo hubiera hecho en su lugar el que estas líneas escribe.

XXI

Debemos confesar, y lo hacemos con gran pena, que la Albufera de Valencia ha perdido mucho de algunos años á esta parte.

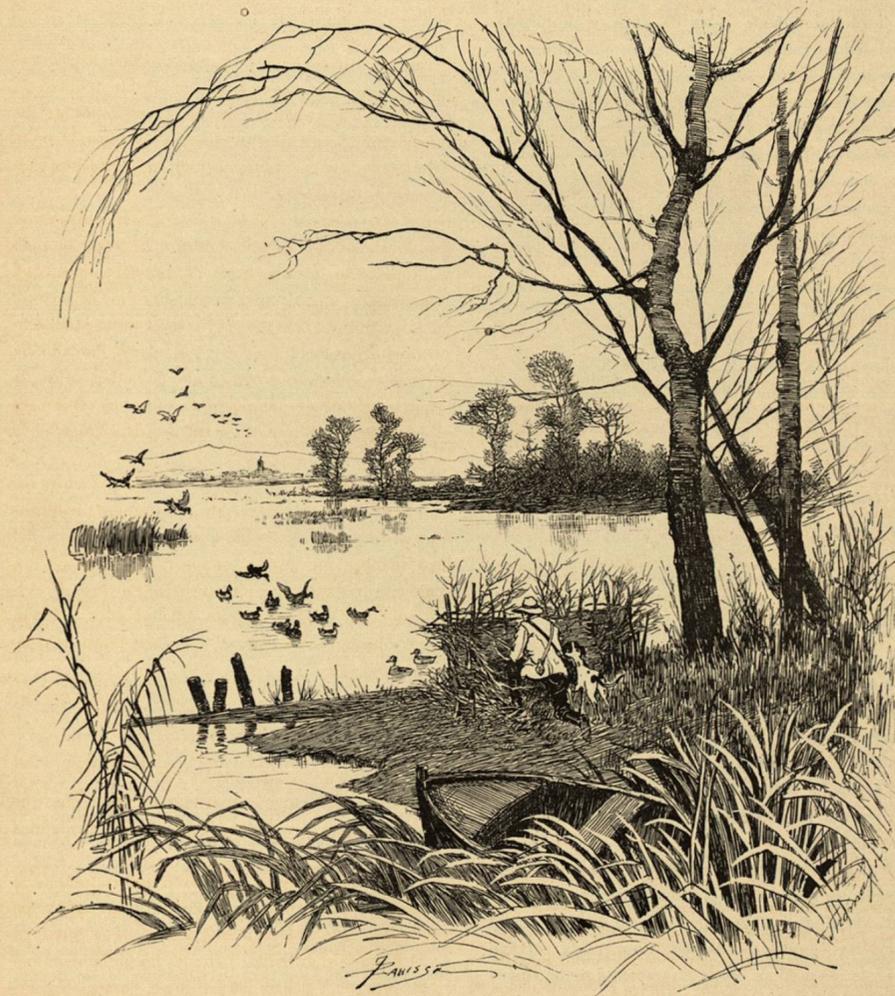
Si nuestros padres se levantaran de sus tumbas; si aquellos cazadores que gastaban escopetas de chispa vieran hoy la Albufera; tristes y llorosos se volverían á sus sepulcros, diciendo:—Hemos hecho bien en morirnos, porque Valencia ha perdido el paraíso, el oasis de los cazadores.

La Albufera de Valencia tiene dos censos que la empobrecen de aves y acabarán por hacer infructuosas las tiradas. Uno de ellos es el colosal aumento de la navegación del lago: puede calcularse en más de quinientas embarcaciones, entre barcos de vela y barqui-

chuelos, las que cruzan el lago diariamente en todas direcciones. Los pequeños puestos de *El Saler*, *Poble Nou*, *Alfajar*, *Catarroja*, *Silla*, *Sollana*, *Sueca*, *Perelló* y *Palmar*, adquieren de día en día un movimiento cre-

ciente, que es enemigo de las palmípedas en grado superlativo.

Estas embarcaciones conducen de una á otra parte cargamento de arroz, de carrizo, de broza, de trabaja-



Un puesto en la Albufera

XXII

dores para los arrozales. Se dedican también á la pesca; y como el movimiento y la animación es tanta en el lago, las aves se van convenciendo de que la Albufera es una feria continua de ruidos molestos, y se alejan de ella.

El segundo censo que tiene el lago que nos ocupa es *La Calderería de Sueca*. Expliquemos esto para los que no la conocen.

En el término de la villa de Sueca existe durante algunos meses del invierno una laguna artificial llamada *Calderería*. Su poco fondo no permite el paso de la embarcación más pequeña. Los propietarios de esta laguna la tienen acotada; y como allí las aves acuáticas encuentran abundante pasto de arroz y profunda y adormecedora calma, se establecen en ella durante los meses de diciembre y enero.

Nadie las molesta. Es incalculable el número de miles de ánades que allí acuden durante el tiempo que *La Calderería* tiene agua. Los propietarios, cuando lo creen conveniente, se reúnen y disponen una tirada, que generalmente preside el Alcalde de Sueca. Cada propietario dispone de su terreno, y convida á los amigos que tiene por conveniente. Como quiera que la afición está tan desarrollada en la ribera, acuden el día de tirada á *La Calderería* cien veces más escopetas de las que lógicamente deberían colocarse.

Comienza la tirada. No es posible describir el estruendo infernal que durante algunas horas reina en aquel reducido espacio; sólo puede compararse á un día de batalla en que sin cesar hacen fuego graneado cuatro mil hombres con armas del sistema moderno.

Se matan muchos centenares de patos; pero cazándolos con método y condiciones más regulares, las tiradas aumentarían en proporción de cinco por uno.

Como nadie puede salir del puesto mientras dura la tirada, cuando ésta termina no es posible precisar con exactitud quién ha muerto los patos que se hallan tendidos por todas partes, y generalmente sucede que el que mata menos es el que coge más; porque esto depende del carácter más ó menos delicado del cazador.

Verdaderamente las tiradas de *La Calderería* son asombrosas: un cazador de Castilla no puede concebir las si no las ha visto, y estamos seguros de que la primera vez que las presenciara se creería víctima de un sueño fantástico.

Además, el término de Sueca se halla embellecido con todos los dones de la pródiga Naturaleza. Aquello es un vergel que canta, bajo un cielo diáfano y azul que ríe. Sus campos son de plata y esmeralda, el polvo de sus tierras produce oro, y el ambiente reúne en sus invisibles pliegues todos los perfumes de un paraíso.

La Calderería de Sueca es indudablemente el mayor censo que tiene la Albufera de Valencia; pero es preciso resignarse, pues de antiguo suele decirse: «Esto matará aquello.»

XXIII

Los valencianos son tan activos, tan infatigables,

tan ingeniosos para la caza de las aves acuáticas, que ni aun de noche las dejan en paz.

Si además de la caza quisiéramos hablar de la pesca de la Albufera, necesitaríamos escribir un tomo voluminoso, porque en Sueca se conoce y tiene establecida la piscicultura de los antiguos romanos, y hay acequia que paga seis mil reales anuales sólo por la pesca; y no se vaya á creer que tiene muchos kilómetros de largo, pues á veces no llega á doscientos metros.

Pero no es la pesca, sino la caza, de lo que debe tratar este libro.

Dos clases de cacerías nocturnas conocen y practican los valencianos: la *choca* y las *paransas*. La primera se reduce á ocultarse en las noches que está la Luna en su lleno en los carrizales, y disparar contra los patos cuando van á comer á los arrozales; la segunda es más ingeniosa y más costosa, pues la *paransa* no es otra cosa que el *cebadero* de las aves acuáticas.

Como para todas las cacerías de la Albufera se establece un método prudente, se combina el sitio en donde deben ponerse los cebaderos.

Las tablas de los arrozales están surcadas por todas partes de estrechas cacerías y altas márgenes, que son, por decirlo así, las arterias que surten de agua á los campos del arroz, que, como es planta acuática, siempre está sumergida en el líquido elemento.

El propietario de un arrozal, ó aquel á quien le concede autorización, va de día y arregla su cebadero del modo siguiente: pone dos largas fajas de paja de arroz formando dos líneas, separadas la una de la otra como metro y medio, las pisa y las arregla, dejándolas como una cuarta fuera del agua; coloca dos cañas paralelas y un montón de broza sobre el margen firme que le sirve de apoyo, vierte una espuerta de arroz sin mandar sobre la paja, y se marcha.

A los tres días vuelve. La paja se ha hundido, y él observa si los patos se han comido el arroz, y cuántos han sido los convidados de aquel banquete nocturno. Saber el número le es fácil, porque cada pato hace un hoyo, y contando los hoyos sabe los patos que han pisado el cebadero. Sabe también qué clase de patos son, pues cada subgénero hace el hoyo de distinta manera: los unos grande y profundo, los otros transversal y pequeño, según la configuración de sus picos.

Tapa con el pie los agujeros, echa más arroz, pone otras cañas y otro montón de carrizo, y se marcha.

Al día siguiente vuelve y cuenta los agujeros; hay ocho ó diez más que el día anterior. Repite la operación, y añade otro montón de broza y otras cañas, aseguradas con fuertes estacas.

Mientras va aumentando el número de agujeros, el *paransero* va añadiendo cañas y montones de broza sobre el margen, porque aquella broza acaba por convertirse en una barraca, donde él se oculta la noche que se decide á coger á los glotonos.

Los cebaderos de ánades son costosos, pues á veces

se consumen 20 ó 30 duros de arroz; pero si se tiene suerte, se hace una buena ganancia.

Cuando observa que las huellas de los patos disminuyen, por ejemplo: ayer ha contado ciento setenta agujeros y hoy ciento sesenta y tres; entonces espera un día más; y si disminuyen en uno solo, es prueba



Los huéspedes de la Albufera

de que han encontrado un cebadero mejor, y corre peligro el *paransero* de que cada día se le vayan disminuyendo, hasta que no vaya ninguno.

Entonces coloca unas fuertes redes cuyos cordeles tienen el grueso del dedo meñique, y las mallas son del tamaño de 2 pulgadas y media de ancho. Se oculta en la barraca, y espera con la cuerda en la mano.

Llega la noche. Los ánades reales, que son los más codiciados porque los cebaderos les engordan de un modo fabuloso, y se venden á 20 reales cada uno, no se paran nunca de pronto en la *paransa*, antes se

detienen en los carrizales inmediatos; y transcurrida media hora, vuelan desde éstos al comedero.

Cuando el cazador nocturno calcula que ha llegado la hora oportuna; cuando con su penetrante mirada observa desde el fondo de su barraca, en donde no se mueve ni apenas respira, que el cebadero está literalmente lleno de patos, y éstos entretenidos en comer; entonces tira de la cuerda que sujeta las dos redes con toda la colosal fuerza que desarrollan las circunstancias, se juntan aquellas dos alas de mallas, y rápido como el rayo sujeta la cuerda en la estaca, dándole tres ó cuatro vueltas.